



COM PUL SIÓN

EL ARTE DE COLECCIONAR ARTE



*El coleccionista es un artista al cuadrado. Elige cuadros
y los cuelga de la pared. En otras palabras: pinta una colección.*

Marcel Duchamp

PRESEN TACIÓN

Uno de los sellos de la Corporación Cultural de Las Condes ha sido su constante preocupación por establecer un vínculo entre el patrimonio privado y las audiencias públicas. Ya desde los primeros inicios de la institución, muestras como *Arte antiguo europeo. 100 cuadros* (1962), *Siglo y medio de pintura chilena, desde Gil de Castro al presente* (1976) o *15 Elegidos de la pintura chilena* (1984), se estructuraron por completo con obras pertenecientes a particulares. Desde entonces, la relación con colecciones y coleccionistas ha sido permanente, generando un nexo de confianza que ha permitido hacer público lo que normalmente se encuentra celosamente custodiado.

Esta relación obtiene su máximo reconocimiento en 2012 con la donación efectuada por el coleccionista Ricardo Mac Kellar. Para su resguardo y exhibición pública lega un sobresaliente conjunto de pintura chilena, desde mediados del siglo XIX a mediados del siglo XX, que hoy se exhibe en la Casa-Museo Santa Rosa de Apoquindo.

Cinco años después, develamos otra de las grandes colecciones de pintura chilena formadas durante el siglo pasado. Su propietario falleció hace una década, sin embargo, sus descendientes, que prefieren permanecer en el anonimato, han tenido especial cuidado en mantener intacto el conjunto, incluso en la misma residencia en que se formó por décadas. Este hecho, inusual en nuestro medio, posibilita que las obras admiradas individualmente en ocasionales muestras, se exhiban en un solo lugar, dando cuenta de su extraordinaria calidad y del empeño puesto por el coleccionista para reunir las y conservarlas.

En este invaluable legado, que por primera vez se presenta como conjunto, aparecen los nombres fundamentales de la pintura chilena alternados con otros menos conocidos pero de igual riqueza expresiva. Es que las colecciones tienen eso. No son producto del azar, sino de una búsqueda constante y obsesiva donde sobreviven sólo las piezas maestras. Entonces, en su elección, el coleccionista construye un verdadero relato visual que permite leer a su manera obras y autores, y que revela rasgos y características de su propia personalidad.



6

COLECCIONISMO: PLACERES PRIVADOS, VIRTUDES PÚBLICAS

César Gabler

Artista visual y crítico de arte

A mi padre que coleccionó arte, relojes, discos, plumas estilográficas, relojes de bolsillo, libros y tuvo cinco hijos.



7

Mediados de enero, vacaciones, un examen dental a mi hijo Gaspar en un centro especializado de Providencia. Y sucedió lo inesperado. Frente a la recepción, un acordeonista joven y humilde enfrentaba al público del local que parecía ignorarlo con la misma paciencia que él tocaba su instrumento rodeado por un marco dorado y rústico. Era una pintura, y para mi sorpresa, firmada por Jim Mendoza (1905-1963). Encontrarse con una obra notable y rara en un consultorio de calle Providencia me pareció -al menos- inusual. Pregunté y me dijeron que su dueño era un coleccionista. Parte de sus obras decoraban las paredes de esas oficinas. Dos acuarelas de Hardy Wistuba (1925-2010), un dibujo dedicado a Teófilo Cid y como cierre del pequeño recorrido disfruté un paisaje notable de Agustín Abarca (1882-1953). Pude contemplar todo eso gracias a la salud dental de mi retoño y desde luego a la generosidad de su dueño. Un gusto privado convertido en bien público. O semi.

Porque de eso se trata esta muestra. De pintura chilena y de coleccionismo. Un tema que hoy parece urgente analizar, sobre todo si tenemos en cuenta lo que ocurrió con la subasta de Rugendas en Londres. Ahí la falta de recursos y políticas públicas hicieron patente el vacío que un remate, liderado por un conocido anticuario local, ponía de manifiesto. Y recordemos, esas obras habían llegado a Christie's gracias a la generación de coleccionistas que hicieron posible su conservación.

Porque el coleccionista ha sido siempre una figura clave en el desarrollo de las artes. Un hecho básico: los artistas, para producir sus obras necesitaban de clientes que las compraran; algo como el Fondart, no existió en el Renacimiento y sólo hasta la aparición de las Academias -en el s.XVIII- el Estado no apareció como un actor relevante en la promoción y desarrollo de las artes. Cuando lo hizo, actuó como auspiciador de talentos probados en la producción de esos bienes transables que eran las obras de arte. Figuras como Gericault o Delacroix triunfaron en medio de polémicas y sus obras, pese a ello, fueron compradas por el Estado que actuó como coleccionista, pero esto en ningún caso explica los cuantiosos patrimonios artísticos europeos, ni la formación de sus colecciones públicas. En casi todos los casos podremos rastrear la presencia de coleccionistas, que adquirieron obras que en su momento no encontraron compradores y que tras un tiempo recibieron reconocimiento. Porque el coleccionista de arte, y no me refiero al simple comprador de obras, protagoniza la formación de patrimonio. Museos o instituciones fundamentales, como el Museo del Prado o el Museo Thyssen han nacido gracias al esfuerzo coleccionista. Sin importar si se trata de reyes y su dinastía o de un magnate y sus herederos. Podría dedicar unas líneas a Felipe IV o al barón Thyssen Bornemisza, pero prefiero referirme a una trinidad local: Sergio Larraín García- Moreno (1905-1999), Tomás Lago (1903-1975) y Ricardo Mac Kellar (1928).



8

El arquitecto Sergio Larraín fue uno de los protagonistas del movimiento moderno en Chile. Sus estadías en Europa le permitieron conocer directamente a algunas de las figuras más destacadas de la vanguardia, afanada con la misma intensidad en el pasado primitivo o el futuro tecnológico. Algo de aquello se reflejó en la experiencia vital y creativa del arquitecto; autor de varios hitos de nuestra arquitectura y a la vez artífice de una extensa colección de arte de las pequeñas y grandes culturas de América, aquello fue el núcleo patrimonial del Museo de Arte Precolombino, sin duda, uno de los más importantes de nuestro país. Otro ejemplo: Tomás Lago, quien como director del MAPA (Museo de Arte Popular Americano) contribuyó en el reconocimiento del valor estético de las artes populares chilenas y americanas. Su esfuerzo, que como una carrera de postas, pasó a Oreste Plath y llegó a nuestros días con la instalación de aquella colección en el GAM. Por último -y más recientemente- el caso de Ricardo Mac Kellar, quien, gracias a su expertise en la historia y práctica de nuestra pintura operó como asesor del Museo Nacional de Bellas Artes en diferentes períodos y fue el impulsor de las bienales de arte de Valparaíso. En 2012 donó su colección a Las Condes y desde entonces se exhibe en la Casa-Museo Santa Rosa de Apoquindo. El montaje permite hacer un recorrido cronológico por la pintura chilena de los siglos XIX y XX.

Las tres colecciones, bajo distintas circunstancias, se volvieron accesibles en forma per-

manente. Aquellos objetos transitaron del espacio privado al espacio público y terminaron por construir patrimonio. En los tres casos el acervo reunido se adelantó a cualquier política pública. El ejemplo de Lago es quizás el más extremo, su interés, comparable con el de Violeta Parra, puso rigor académico en una materia consumida con suerte por el turista curioso. La de Mac Kellar puede considerarse una colección más tradicional -en sintonía con las obras que ahora se exponen aquí- sin embargo, la rigurosidad de su empeño permitió atesorar y organizar un recorrido que hoy complementa al del propio Museo de Bellas Artes, abocado a presentar su patrimonio desde perspectivas contemporáneas y abandonando la visión -cronológica e historicista- bajo la cual organizaba su colección hasta hace sólo unos años. Hoy es difícil ir al Museo y hacerse una idea de conjunto del s.XIX chileno, paradójicamente una colección mucho más pequeña, la de Mac Kellar, sí lo consigue.

DE COLECCIÓN

En el abc del coleccionismo está la pasión por lo que se reúne. Desde los niños que atesoran piedras, servilletas o cajas de fósforos al coleccionista de arte que tiene en su casa muros repletos de arte tradicional o contemporáneo; una colección requiere de ese componente esencial: el deseo de posesión. La caricatura puede pintar este deseo como codicia o simple acumulación. La figura del Diógenes es algo que se ha vuelto demasiado frecuente en los medios. Sujetos de apariencia desqui-



9

ciada cuyo único afán es guardar todo cuanto los rodea, hasta hacer de sus casas un basural cuya pestilencia obliga a la denuncia. Pero el coleccionista no debiera tentar a la comparación patológica. Al contrario, un gran aficionado tiene siempre un programa, un campo de estudio. Toda gran colección, entonces, puede leerse en términos enciclopédicos y narrativos. Ese texto, que es una colección, se escribe con un cúmulo de experiencias vitales, todas ellas marcadas por la búsqueda y el encuentro: la novela del coleccionismo. Aquella ansia se nutre del azar, pero tiene siempre una dimensión intelectual. El encuentro de la obra soñada supone un instante de victoria, un momento de gozo, pero es también sólo una parte de ese programa que todo coleccionista ha trazado cuando emprende en serio una colección. Sabe que aún debe encontrar una obra que complemente las que ya tiene o un autor que cierre el conjunto generacional o artístico que está describiendo con sus adquisiciones. Aquí aparece el coleccionista como autor enciclopédico. Sus obras escriben un discurso, una historia intelectual y desde luego visual. Aquella es la dimensión enciclopédica.

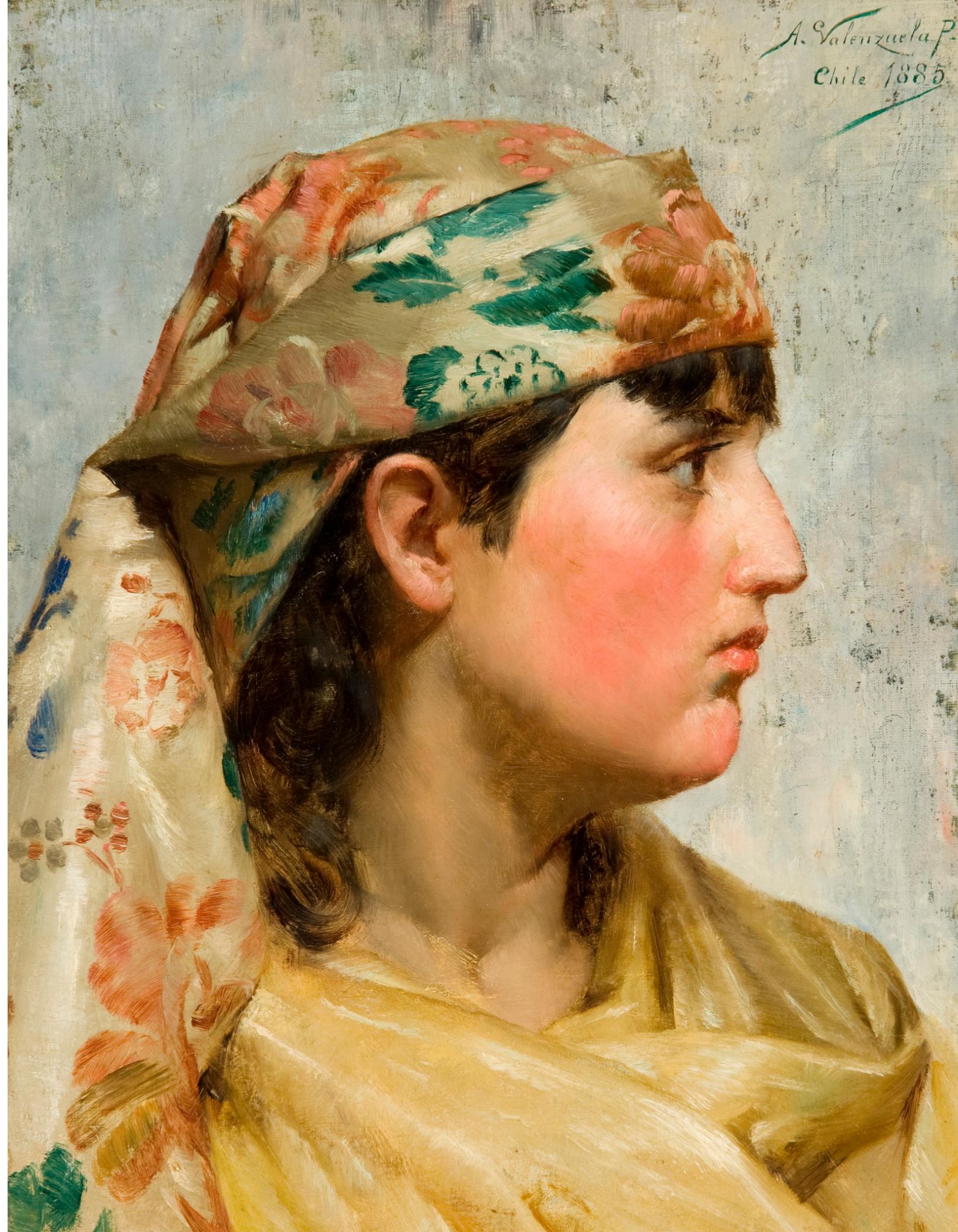
Esta colección que vemos colgada hoy, es sólo una parte de lo mucho que logró atesorar su dueño. Es un conjunto de pintura chilena. Parece afanado su autor en trazar un panorama extenso de la pintura nacional, a escala doméstica. Hasta lo que he podido conocer, los formatos son pequeños o medianos, como si con estos cuadros su dueño hubiese querido

mantener a la vista -con la mayor amplitud posible- ese panorama vasto que es una historia de la pintura. Ese afán me recuerda al primer coleccionista que conocí: mi padre. Sus ingresos, a todas luces menores que este coleccionista, no le impidieron formar una abundante colección de pintura chilena con nombres menores quizás, pero con no pocos aciertos. Cuadros pequeños y siempre enmarcados con esas pesadas molduras doradas. Uno junto a otro, como en los viejos salones, papá tenía en el living fácilmente 150 pinturas, que como sugería Matisse, le gustaba contemplar sentado en un sillón confortable, con la habitual compañía de sus discos de jazz.

No sé cómo contempló sus obras nuestro coleccionista. Intuyo que de vez en cuando debió detenerse con fruición en los detalles de alguna de ellas y según su humor es probable que haya días en los que se sentía más proclive a uno u otro artista. Tendría sus semanas Orrego Luco, sus domingos Somerscales; habría tardes oscuras y melancólicas en las que la luz de Helsby le encendieran corazón o pupila o que se detuviera a comparar las formas particulares en que uno u otro artista resolvió el cielo, el follaje, o el modelo.

Nuestro coleccionista se volcó a nuestra tradición pictórica y figurativa. Sus aciertos, sus pasiones, están aquí expuestas y reunidas. Hablan tanto de la pintura que se dedicó a coleccionar, como de él mismo. De un coleccionista.

Alfredo Valenzuela Puelma (1856-1909)
La Gondolera. 1885
Óleo sobre tela
46 x 35 cm



12

13

Pedro Lira (1845-1912)
Animales pastando
Óleo sobre tela
51 x 61 cm



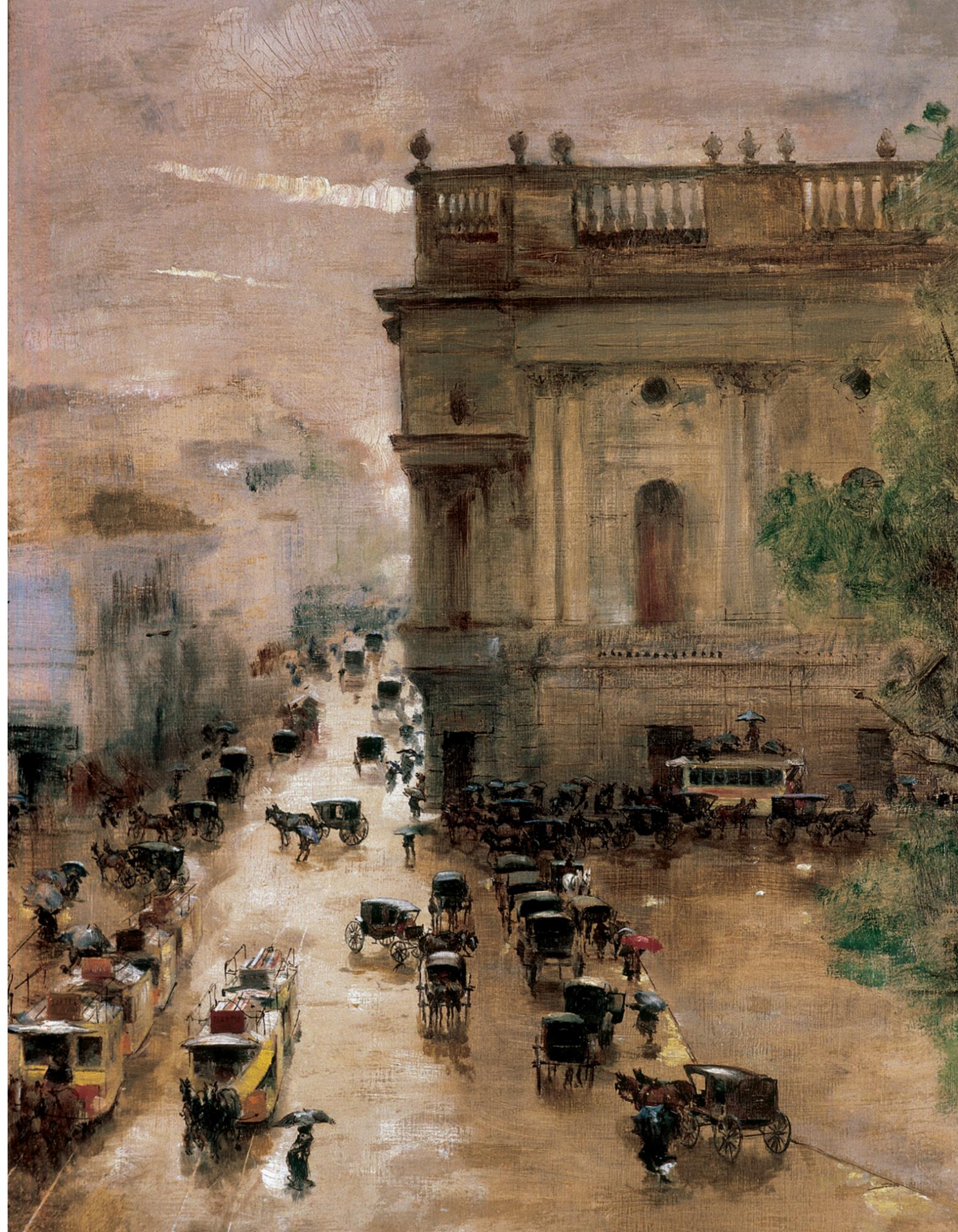
14



15

Onofre Jarpa (1849-1940)
Paisaje con palmeras
Óleo sobre tela
60 x 97 cm

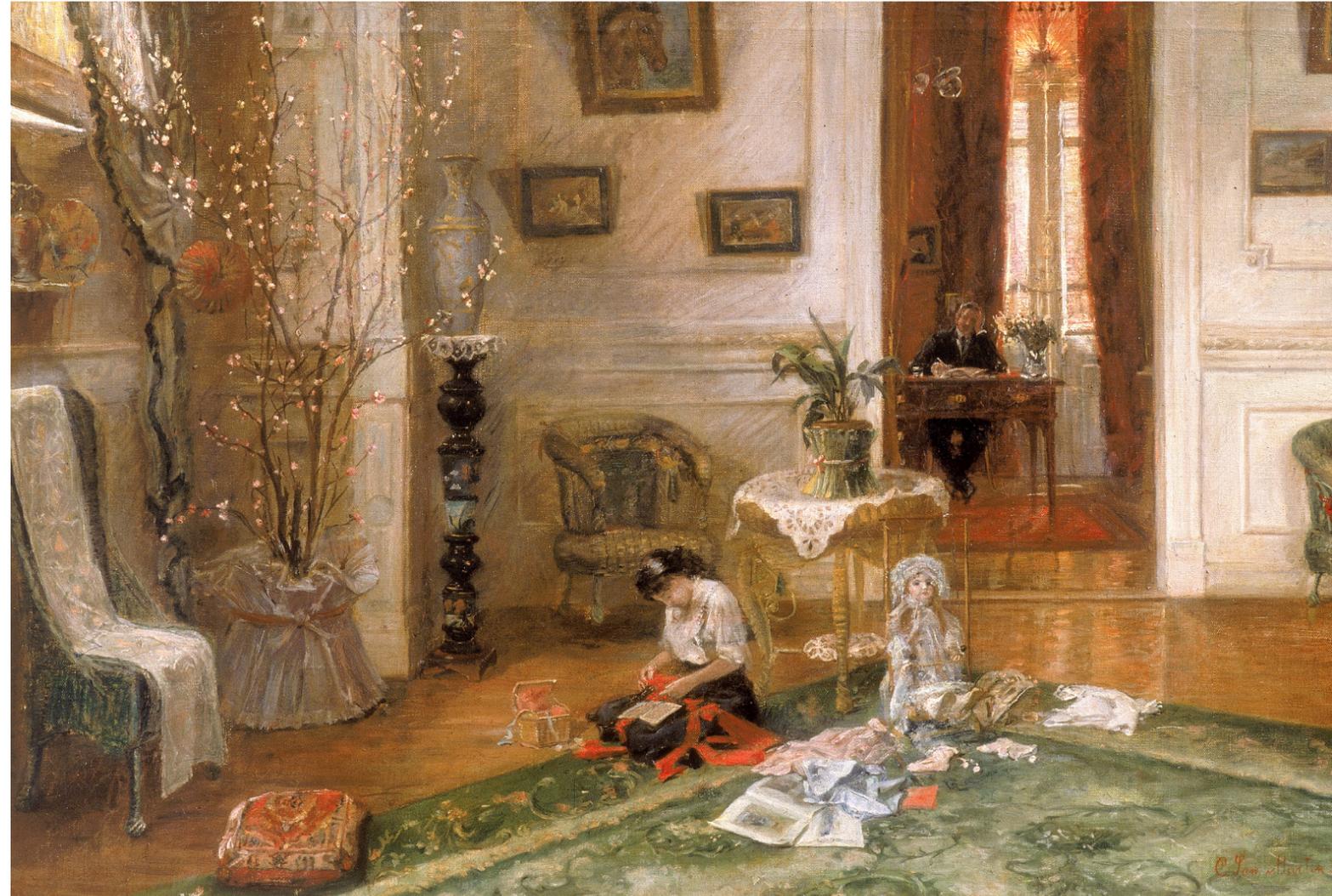
Ramón Subercaseaux (1854-1937)
Calle Compañía esquina Plaza de Armas. 1884
Óleo sobre tela
65 x 45 cm





Pag. Ant.
Desirée Chassin Trubert (1860-1931)
Bahía de Valparaíso
Óleo sobre tela
50 x 71 cm

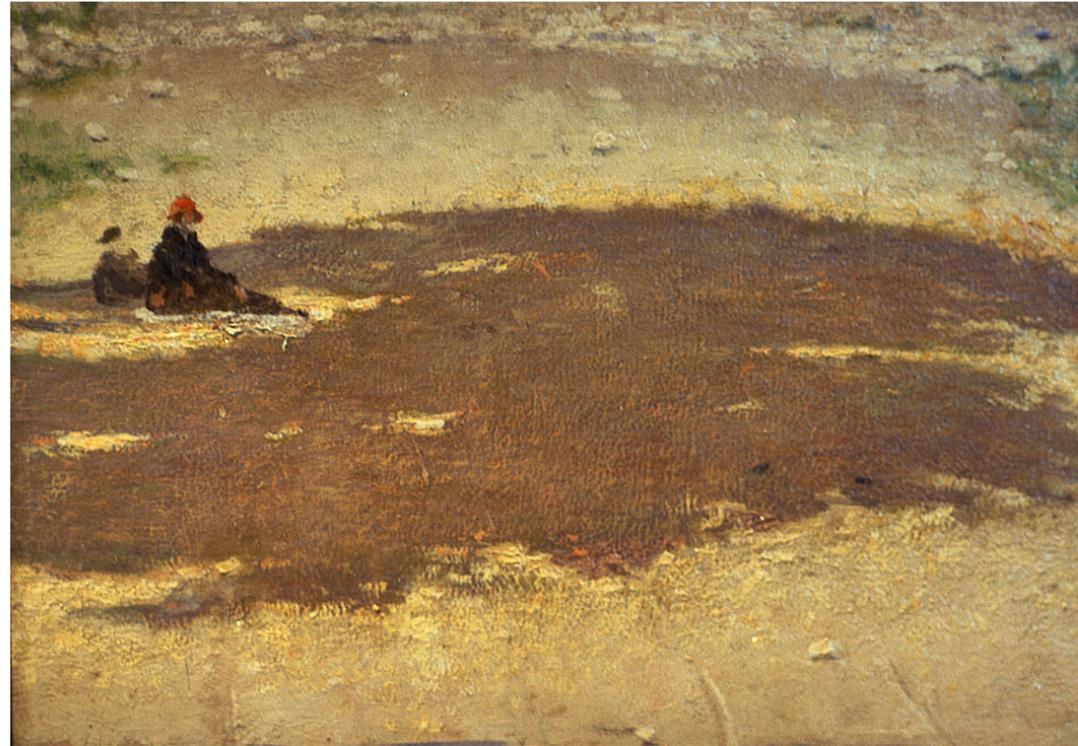
Cosme San Martín (1850-1906)
Interior
Óleo sobre tela
64 x 97 cm





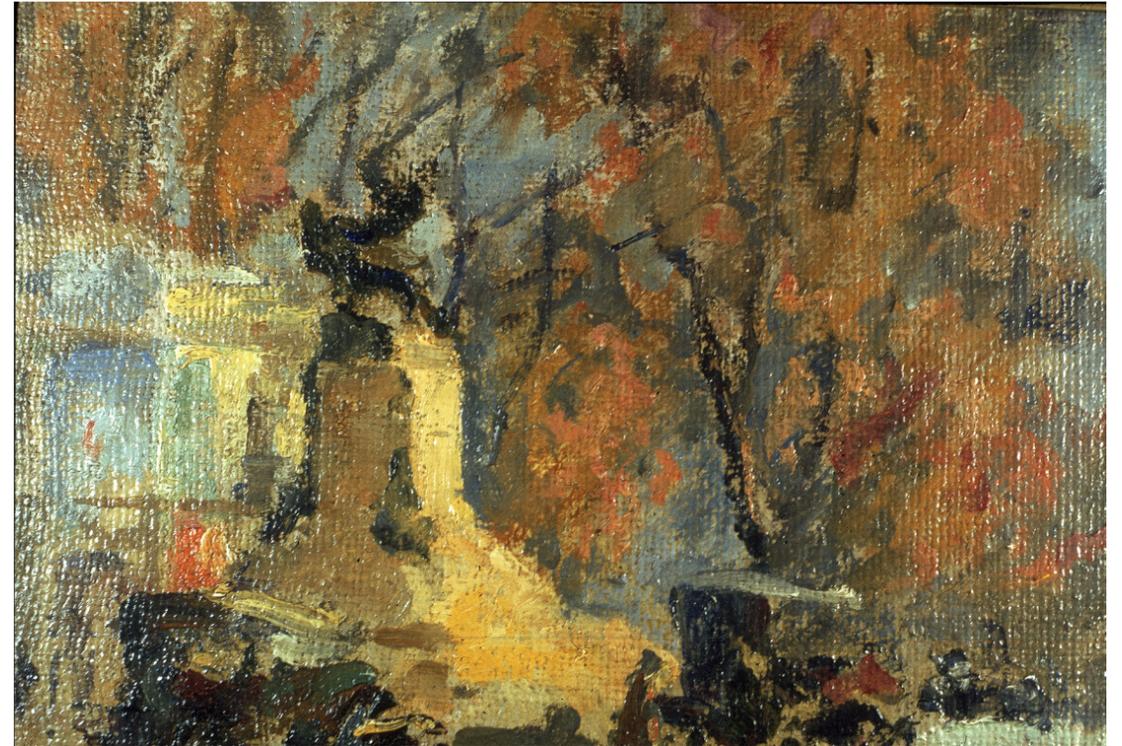
Benito Rebolledo Correa (1880-1964)
Niña de las guindas. 1908
Óleo sobre tela
46,5 x 39,5 cm

24



Pablo Burchard (1875-1964)
Sombra
Óleo sobre tela
41 x 57 cm

25



Juan Francisco González (1853-1933)
Plaza Italia
Óleo sobre tela
28 x 36 cm

Alfredo Helsby (1862-1933)
Santiago nevado
Óleo sobre tela
55 x 77 cm



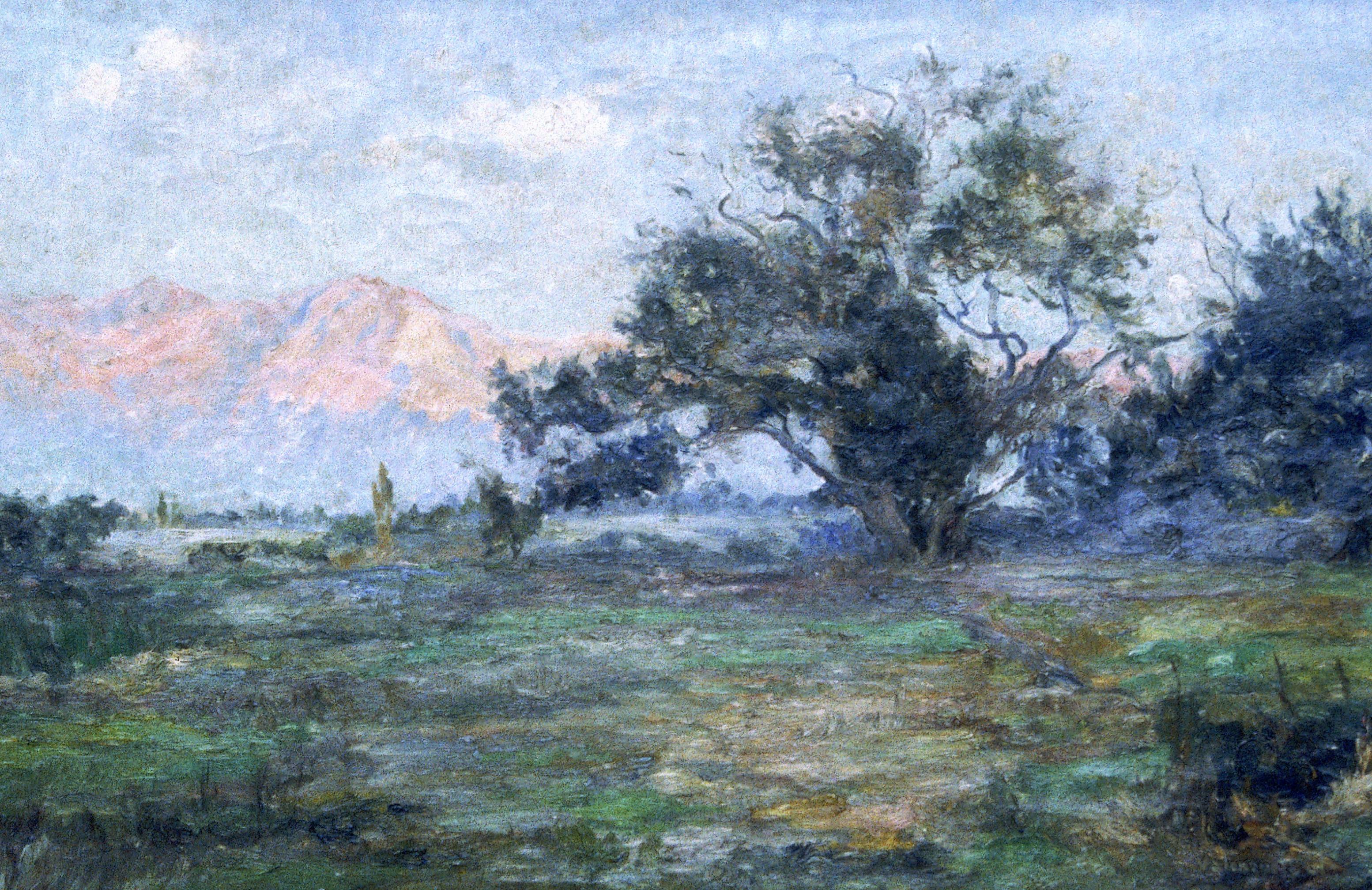
Giovanni Mochi (1831-1892)
Huaso a caballo
Óleo sobre madera
18 x 27 cm





Thomas Somerscales (1842-1927)
Vista de Valparaíso
Óleo sobre tela
59 x 81 cm

Pag. Sig.
Alberto Valenzuela Llanos (1869-1925)
Paisaje
Óleo sobre tela
47 x 80 cm



Organiza

Municipalidad de Las Condes

Producción, curaduría y montaje

Corporación Cultural de Las Condes

Presidente

Joaquín Lavín Infante
Alcalde de Las Condes

Director General

Francisco Javier Court Silva

Director de Administración

John Barra Inostroza

Productor General de Artes Visuales

Fernando Moya Escárate

Coordinadora de Producción de Artes Visuales

Paulina Paredes Herranz

Diseño Gráfico

Txomin Arrieta
Macarena Marín



Esta exposición rinde homenaje a todos los coleccionistas que nos han colaborado. A tantos hombres y mujeres que con su dedicación han rescatado y atesorado parte de nuestro patrimonio visual, cuya extraordinaria generosidad ha permitido presentar cientos de exposiciones y compartir con miles de chilenos la emoción que provocan las grandes obras. Sin los coleccionistas, la memoria sería sesgada, incompleta. Son ellos quienes, sin más afán que la pasión que los mueve, han contribuido a la imprescindible labor de escribir la historia plástica del país.

Las Condes, marzo 2017

Centro Cultural Las Condes
Santiago de Chile
Marzo - mayo 2017